

El papel del racismo en la formación de la frontera entre Estados Unidos y México

Carlos González Herrera
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Turner y la historia de los Borderlands

La frontera en las tradiciones culturales de ambos países juega un papel de magnitudes muy distintas; comencemos con el hecho de que en inglés se puede acudir a las palabras *frontier* y *border* para diferenciar, además de sutilezas conceptuales y de lenguaje, procesos históricos de naturaleza diferente. Los discursos históricos estadounidenses —el académico, el político y el popular— para contar y explicar el siglo XIX son impensables sin el protagonismo de la frontera-*frontier*; de hecho, el sustento ideológico de la frontera sigue teniendo un peso formidable en la ideología popular y del Estado: a la hora de enfrentar a sus adversarios, la dicotomía civilización/barbarie sigue operando como justificación suficiente para crear sustento histórico-moral que no sólo permita sino obligue a los Estados Unidos a actuar como guardián universal de la civilización occidental.

La literatura —histórica, memorias, diarios de viaje, diarios militares, novelas, periodística— producida durante el siglo XIX en los Estados Unidos acerca de “su frontera” es de una abundancia prodigiosa. Sin embargo no es sino hasta fines de ese siglo que la *frontier history* y la historia del *american west* se elevarían a la cima del mundo académico y del pensamiento político estadounidenses. En 1893, Frederick Jackson Turner lanzó su hipótesis sobre la frontera en su célebre ensayo “The Significance of the Frontier in American History”, creando una auténtica revolución en la manera en que

los Estados Unidos se veían a sí mismos, alimentando, particularmente, su autoconciencia como el imperio del bien.¹

Se podría decir que Turner concluye medio siglo de un intenso trabajo de invención y construcción de un concepto de frontera que acomodara al Destino Manifiesto de la joven nación. En efecto, desde la independencia de las Trece Colonias y hasta poco antes de mediar el siglo XIX, para los estadounidenses la idea de frontera era muy similar a la que tenían las naciones europeas: una línea que demarca los límites de las naciones. Había una tácita aceptación de que los pueblos indios al oeste del territorio que ocupaban las Trece Colonias constituían naciones, tal como España lo hacía con Francia o con Portugal. No obstante, esta situación habría de cambiar dramáticamente por la concatenación de una serie de acontecimientos: la independencia y pronta anexión de Texas, la compra de la Louisiana y de Alaska, la guerra con México cuya victoria significó una inmensa ganancia territorial, el *Gold Rush* o fiebre del oro en California. De súbito, la frontera-*border* que separaba a los Estados Unidos de las naciones indias con sus territorios, se convirtió en una frontera-*frontier* que separaba a la civilización de la barbarie, al orden de las poblaciones asentadas del desorden de pueblos itinerantes. La gran diferencia entre la frontera de los Estados Unidos con aquellas de Europa —señaló Turner— residía en que a diferencia de las densas poblaciones y los paisajes fortificados, en “América” existía la división entre la “tierra de nadie” y los pioneros esperando reclamarla.

¹ Aparecido primero en *State Historical Society of Wisconsin Proceedings* de 1893 y reimpresso en TURNER, Frederick Jackson, *The Early Writings of Frederick Jackson Turner. With a list of all his works*, Compiled by Everett E. Edwards, Introduction by Fulmer Mood, University of Wisconsin Press, Madison, 1938. Una buena manera de acercarse a la obra de Turner es el inspirador libro de KLEIN, Kerwin Lee, *Frontiers of Historical Imagination. Narrating European Conquest of Native America, 1890-1990*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1997.

El *American West* fue en efecto el lugar donde se encontraron europeos y nativos y, aunque tradicionalmente el oeste se entiende en el sentido geográfico —oeste del río Mississippi—, en realidad el concepto jala consigo la idea occidental del oeste: el espacio donde las civilizaciones históricas se encuentran con la barbarie no histórica. La historia de la frontera-*frontier*, fue una manera efectiva de poner a los Estados Unidos en un lugar de privilegio en el curso de la historia.

La influencia turneriana en la manera en que se concibió a la frontera desde la tradición estadounidense fue no sólo profunda sino de largo aliento y sin parangón ninguno en la mexicana. Durante las siguientes décadas el significado de frontera de Turner empezó a multiplicar sus sinónimos: “el Oeste”, “el límite de la tierra libre”, “la línea de la más efectiva y rápida americanización”, “la evidencia que registra la energía expansiva de los pioneros que empujan la línea divisoria”, “una región migrante”, “el límite de lo asentado”, o “una forma de sociedad más que un área o región”. Además, Turner completó el concepto de frontera para adaptarlo aún más a las condiciones modernas de la nación-imperio al señalar que el efecto más importante de la frontera había sido la promoción de la democracia. En una explosión de optimismo decía que la frontera era productora de hombres individualistas que al tener que enfrentar un medio hostil y salvaje transformaban las complejidades de la sociedad en una organización primitiva basada en la familia con ciertas tendencias antisociales e igualitarias que producían una antipatía natural hacia el control y particularmente hacia cualquier forma de centralismo. El individualismo fronterizo —continúa Turner— había sido desde siempre un auténtico promotor de la democracia.

Se podría pensar que la profesionalización de las ciencias sociales y las humanidades pronto desearía el despliegue discursivo de Turner sobre la frontera y la historia de los

Estados Unidos. No fue así, pero no solamente por ser Turner un miembro prominente de la academia estadounidense que logró una importante lealtad entre sus colegas, sino porque supo crear y alimentar un estado de ánimo emocional dentro y fuera de las instituciones educativas, desde donde se defendieron los elementos poéticos de sus ensayos proponiendo la idea de que sus tesis eran una herramienta de interpretación más que una teoría. Pero sus ideas fueron más allá; al idealizarse —y claro, también ideologizarse—, las características del Oeste y de la frontera se volvieron metafísicas: mientras avancen los asentamientos americanos hacia el occidente, el desarrollo americano estaba asegurado. La frontera y sus características políticas y rasgos culturales eran el motor del desarrollo de los Estados Unidos.

Un análisis riguroso de los planteamientos turnerianos logra demostrar que no sólo son provincianos y emocionales, sino ilógicos y atrapados en confusiones y contradicciones. Sus ideas tienen cimientos históricos vagos, aunque quizá presentados con belleza poética. Turner hizo un intercambio fácil pero dudoso, en lugar del rigor de las pruebas él ofreció la épica y la leyenda de la *Great Frontier*, llenándola de simbolismos y emociones patrióticas y de mitos y romance nacionalista. Al introducir en su definición de *frontier* —y en toda su interpretación— un cuerpo de valores morales y significados sociales, Turner hizo un uso instrumental del nacionalismo y de la nación, y colocó a la frontera como elemento imaginario definitorio del pasado y el devenir de los Estados Unidos.²

² Utilizo el carácter instrumental y el adjetivo imaginario tal como lo han hecho los estudiosos del surgimiento de las naciones y los nacionalismos. Me ha resultado particularmente útil la lectura de la célebre conferencia dictada en La Sorbona en 1882 por Ernest Renan, *Qu`est ce que c`est une nation?* Una versión al inglés: RENAN, Ernest “What is a Nation?”, en ELEY, Geoff y Ronald Grigor SUNY (editors), *Becoming National. A Reader*, Oxford University Press, New York and Oxford, 1996, pp.42-56.

El turnerismo ha mostrado su influencia tanto en la literatura sobre la frontera producida en los Estados Unidos, como en muchas otras formas en que la frontera con México ha sido imaginada y construida; se pueden enlistar al menos tres descendos de este discurso poético sobre la frontera y su función instrumental para encubrir el afianzamiento de la nación-imperio³ y cómo toda esa imaginería académico-popular tiene expresiones muy violentas:

1. En formas de racismo popular a través del Ku Klux Klan.
2. En expresiones de racismo de Estado y oficial a través de la eugenesia y la medicalización de los puestos fronterizos.
3. En la militarización de la frontera a través de los Texas Rangers y luego de la Border Patrol.

Ciertamente la literatura producida desde las ciencias sociales y las humanidades acerca de la frontera no se agota en Frederick Jackson Turner ni en la escuela turneriana. Desde hace un par de décadas, antropólogos, historiadores e incluso investigadores desde el campo de la crítica literaria han iniciado muy serios esfuerzos por cambiar el carácter marcadamente ideológico de los estudios sobre la frontera y el American West. De hecho, desde los años cuarenta, se realizaron críticas a la hipótesis fronteriza de Turner. George W.

HOBBSAWM, Eric J., *Nations and Nationalism Since 1780. Programme, Myth, Reality*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990; GREENFELD, Liah, *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Cambridge University Press, Cambridge and London, 1992; ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, VERSO, London and New York, 1992; NAIRN, Tom, *Faces of Nationalism. Janus Revisited*, VERSO, London and New York, 1997.

³ Sobre este tema se puede consultar el espléndido volumen: KAPLAN, Amy y Donald E. PEASE (eds.), *Cultures of United States Imperialism*, Duke University Press, Durham and London, 1993. También JOSEPH, Gilbert M., Catherine C. LEGRAND and Ricardo D. SALVATORE (eds.), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relation*, Duke University Press, Durham and London, 1998.

Pierson⁴ acusó a Turner de explotar los sentimientos del público estadounidense que con gusto aceptaba sus explicaciones sobre el carácter único de su país. Con Turner –decía Pierson– la palabra frontera se ha convertido en una caja de Pandora llena de problemas para los historiadores.

Más recientemente, desde el campo de la filosofía, John J. Juricek señaló que Turner había trabajado el lenguaje histórico de manera que su propuesta armonizara muy bien con las creencias de sus lectores, sobre todo con las de aquellos que tenían una fe notable en la excepcionalidad de los Estados Unidos.⁵ En las pasadas dos décadas, los estudios de la frontera han sido incluidos en perspectivas teóricas⁶ mucho más amplias y en combinación con otros elementos como la identidad, el género, el nacionalismo y el propio estudio de los procesos de construcción de lo nacional (*nation-building*).⁷

⁴ PIERSON, George W., “The Frontier and Frontiersmen of Turner’s Essays”, en *Pennsylvania Magazine of Biography and History*, Vol. 64, October 1940, pp. 449-478, citado en KLEIN, *Frontiers*, 1997, pp. 22-23.

⁵ JURICEK, John J., “American usage of the word ‘Frontier’ from Colonial Times to Frederick Jackson Turner”, *Proceedings of the American Philological Society*, Vol. 110, Issue 1, 1966, pp. 10-34.

⁶ Podemos destacar: WHITE, Hayden, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1973; WHITE, Hayden, *The Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978; WHITE, Hayden, *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1987; FURET, François, *In the Workshop of History*, University of Chicago Press, Chicago and London, 1982. También es indudable la influencia de la obra de Michel Foucault y de Michel de Certeau.

⁷ En la medida en que se convertirán en interlocutores de esta investigación quiero al menos citar: LIMERICK, Patricia Nelson, *The Legacy of the Conquest. The Unbroken Past of the American West*, Norton & Co., New York, 1987; SÁNCHEZ, George J., *Becoming Mexican American. Ethnicity, Culture, and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*, Oxford University Press, New York, 1993; KATZ, Friedrich, *La Guerra Secreta en México. Estados Unidos, Europa y la Revolución Mexicana*, Ediciones Era, México, 1982, 2 vols.; REISLER, Mark, By

*La herencia de Turner en Herbert Eugene Bolton*⁸

Los estudios profesionales de Bolton en la Universidad de Wisconsin le dieron la oportunidad de formarse con Frederick Jackson Turner y con su apoyo fue a la Universidad de Pensilvania donde se doctoró en Historia con una tesis sobre los negros libres en los estados del Sur antes de la Guerra Civil. Aunque Bolton empezó su carrera en la Universidad de Texas enseñando historia medieval, un golpe del destino lo llevó a ser comisionado para viajar a la Ciudad de México y rastrear orígenes españoles de Texas en el Archivo General de la Nación cuyo trabajo quedó plasmado en su *Guide to Materials for the History of the United States in the Principal Archives of Mexico* de 1913.

Durante el tiempo que pasó leyendo documentos en la capital mexicana Bolton se familiarizó con la obra de los misioneros jesuitas en el noroeste de México y las Californias y se convirtió en un experto en la vida y obra del padre Eusebio Kino del que escribió extensamente, incluyendo una biografía publicada en 1927 por la Universidad de Cali-

the Sweat of Their Brow. Mexican Immigrant Labor in the United States, 1900-1940, Greenwood Press, Westport, 1976; STOLER, Ann Laura, *Race and the Education of Desire. Foucault's History or Sexuality and the Colonial Order of Things*, Duke University Press, Durham, 1995; COOPER, Frederick and Ann Laura STOLER (eds.), *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*, University of California Press, Berkeley, 1997; HALL, Linda B. and Don M. COERVER, *Revolution on the Border. The United States and Mexico, 1910-1920*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1988; DRINNON, Richard, *Facing West. The Metaphysics of Indian-Hating and Empire-Building*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1980.

⁸ Existe una biografía reciente del historiador: HURTADO, Albert L., *Herbert Eugene Bolton. Historian of the American Borderlands*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles / London, 2012.

fornia con el título de *Rim of Christendom: A biography of Eusebio Francisco Kino, Pacific Coast Pioneer*.⁹

No obstante que Bolton es considerado junto a Walter Prescott Webb uno de los más preclaros seguidores de la escuela turneriana sobre la frontera, debemos valorar que su obra lanzó un reto a la tradicional narrativa que dominó todo el siglo XIX y las primeras décadas del XX acerca de una nación que había sido fundada de manera exclusiva por pioneros anglosajones que impulsaron “con sus propios cuerpos” la expansión hacia el oeste de los Estados Unidos. Bolton señaló que era necesario considerar a España tanto como a Inglaterra, pues ignorar la aportación española a la conformación de las regiones fronterizas o *borderlands* era tanto como no entender la historia americana. Al afirmar que la historia de América debiera ser historia de las Américas, Bolton abrió una vía historiográfica de gran envergadura: la historia de los Estados Unidos tenía fortísimos vasos comunicantes con el resto de la historia del continente incluida, por supuesto, Latinoamérica. Por años Bolton fue madurando su nueva lectura de la historia de la frontera hasta quedar plenamente desarrollada en su *The Spanish Borderlands. A Chronicle of Old Florida and the Southwest*, obra publicada por la Universidad de Yale en 1921.

Con todo y su aportación, la obra de H.E. Bolton seguía presa de la lectura dicotómica *civilización-barbarie* propia de Turner. Su propuesta de un análisis más integral de la historia fronteriza siguió acusando grandes ausencias, lo que fue producto, con seguridad, de sus propios prejuicios cultura-

⁹ Finalmente contamos con una edición en español traducida por Felipe Garrido con un prólogo e investigación documental de Gabriel Gómez Padilla: BOLTON, Herbert Eugene, *Los confines de la cristiandad. Una biografía de Eusebio Francisco Kino, S.J. Misionero y explorador de Baja California y la Pimería Alta*, Universidad de Sonora / Universidad de Colima / Universidad Autónoma de Baja California / Universidad de Guadalajara / El Colegio de Sinaloa, México Desconocido, México, 2001.

les. Hay en él un descuido sobre las aportaciones que tanto los pueblos indígenas como las realizadas por miles de mexicanos, antes y después de la guerra de 1846-1848, hicieron a la formación histórica de la frontera. La vista de Bolton solo alcanzó a reconocer la labor “épica” de los misioneros como portadores de la civilización occidental; la potente e inspirada biografía del jesuita Kino publicada en 1927, que ya mencionamos, es una buena prueba de ello.

Pero antes de juzgar con demasiada severidad a H.E. Bolton como un conservador o un reaccionario, hay que recordar que está escribiendo y enseñando historia en un ambiente en que el racismo, la eugenesia y el KKK dominaban el análisis sobre “los otros”.¹⁰ En ese sentido Bolton, puesto en su tiempo, no resulta tan reaccionario, incluso es un precursor de la fusión de civilizaciones y culturas. Con el rastreo de los conquistadores, abrió la idea de los *borderlands* como un espacio común para Estados Unidos y México.

Descongelar la historia de la frontera

1. *Borderlands history*, nuevas y necesarias aproximaciones

La transformación de los espacios fronterizos a nivel internacional ha obligado a sus estudiosos a acercarse con nuevas metodologías que incluyan la compleja realidad que tratan de descifrar. Como parte del acervo historiográfico han quedado las tesis que imaginaban la realidad fronteriza enmarcada en un gran espacio geográfico único, armado por la suma de los seis estados norteros mexicanos y los cuatro estadounidenses con los que se encuentran.

¹⁰ Valdría la pena recordar que un libro como el de Horsman apareció recién en 1981: HORSMAN, Reginald, *Race and Manifest Destiny. The Origins of American Racial Anglo-Saxonism*, Harvard University Press, Cambridge, 1981.

Los años ochenta y noventa del siglo XX permitieron el encuentro de ideas emanadas de corrientes académicas que cuestionaban los paradigmas en boga, lo que agregó nuevos enfoques e intereses a la discusión en torno a la frontera. Visiones que obligaban a imaginar una frontera ampliada debido a las migraciones a nuevos espacios alejados de la frontera política y los enclaves culturales que se crearon en ciudades como Chicago, Nueva York o el más reciente, Seattle, sumados a los contactos inter y transdisciplinarios de las Ciencias Sociales y las Humanidades en general, han agregado nuevas potencialidades de análisis. Se suman además las nuevas realidades de la economía internacional que transformaron en esas mismas décadas ciudades del sureste norteamericano haciéndolas parecerse a las ciudades-maquiladora del norte mexicano, lo que creó nuevos campos de estudio más internacionalizados en los que están presentes de manera constante personajes, instituciones y empresas europeas y asiáticas por igual.

Además, estas oleadas migratorias no resultan privativas de metrópolis globalizadas como Miami, Houston o Atlanta¹¹ sino que poco a poco han reconfigurado el sureste rural estadounidense de Georgia y las Carolinas, y de menor manera Alabama, Mississippi y Florida. Esto creó nuevas alianzas étnicas y suscitó desencuentros raciales que proyectan su descontento ya no contra la población negra o de indios nativos sino contra mexicanos (por encima de otros grupos

¹¹ Evan Ward rememora el interesante caso de la “apertura” de la ciudad de Atlanta durante la época previa a los Juegos Olímpicos de 1996 y de cómo las autoridades de migración [INS] contactaron al cónsul general Teodoro Maos para hacerle saber que ninguna redada ni acto similar en contra de mexicanos ilegales sería llevada a cabo durante dicho periodo. WARD, Evan, “Bridging the Gulf: A Critical Note on Borderlands Scholarship and the Southeastern United States in the New Millennium”, en *Frontera Norte*, Vol. 14, N° 27, enero-junio 2002, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 241-250, cf. nota 7.

de latinos).¹² Sobre estos tópicos también comienza a interesarse la academia de estudios de frontera.

Por último, cada vez es más visible la necesidad de replantear el análisis de la relación México-Estados Unidos no sólo en su marco de dependencia y sumisión a la que ha obligado la realidad política y la operante hegemonía económica norteamericana sino integrando la cotidianidad de los contactos en otros espacios, algunos de ellos creados con dicha finalidad. Si la presencia mexicana en los Estados Unidos resulta innegable, tampoco es plausible cerrar los ojos frente a la apertura e internacionalización de espacios turísticos en México que tienen un claro enfoque de mercado dirigido a los vecinos del norte. Estos espacios que quedan propuestos como fronteras periféricas atraerán sin duda nuevas áreas de estudio que aprovecharán las herramientas teóricas de enfoques menos tradicionales.

La geografía ha obligado a los Estados Unidos a una relación casi íntima con México. No obstante, la narrativa sobre su historia nacional y particularmente la de los *borderlands*, se mantuvo bajo los mareos poéticos de la narrativa turneriana por muchas décadas. A partir de los años ochenta del siglo XX una generación joven de historiadores empezaron a impulsar una renovación de la historiografía del American West y con ello a repensar la historia de la frontera. Este descongelamiento de la visión sobre la frontera y sus actores olvidados inició con un reconocimiento de que los pueblos indígenas y las poblaciones que se auto-reconocían como hispanas o mexicanas, no eran elementos importados, no eran *aliens* al *body politic* del Suroeste estadounidense. En ese esfuerzo debe reconocerse la tarea pionera de los historiadores que han sacudido la vieja escuela historiográfica del

¹² *Ibíd.*, p. 244.

American West: Patricia Limerick y Richard Slotkin,¹³ junto con otros de sus colegas, consideran que este inmenso territorio es un escenario donde se encuentran e intersectan las diversas Américas —la india, la latina, la anglo y la asiática—, y desde el cual hay que deconstruir el mito de la frontera creado por Frederick Jackson Turner.

Desde México, la lectura crítica de la historia de las regiones fronterizas se abre paso con lentitud. A continuación se ofrece un desarrollo sintético de una serie de temas cuyo centro es el racismo y que han permanecido excluidos de la narrativa histórica sobre la frontera entre México y los Estados Unidos.

2. Racismo en la frontera

Cuando denomino a esta frontera “la frontera entre Estados Unidos y México”, no lo hago de manera fortuita sino con la idea de que esta división binacional fue construida y hecha funcionar en los términos de la nación del Norte. Tradicionalmente esta línea se ha visto como el resultado de la política de expansión territorial que llevó a que primero México perdiera Texas y luego, después de la guerra entre 1846 y 1848, la enorme superficie que compondrían los estados de Nuevo México, Arizona, California, Colorado y Utah.

Los eventos anteriores lo que hicieron fue, por la vía de hechos contundentes y violentos, trazar los nuevos límites de la territorialidad continental de un estado-nación que desde temprano se concibió como la nación-imperio del siglo XIX. Sin embargo, el trazado de la línea divisoria es sólo

¹³ Hay que destacar LIMERICK, *The Legacy*, 1987; SLOTKIN, Richard, *Gunfighter Nation: the Myth of the Frontier in Twentieth-century America*, Harper Perennial, Nueva York, 1992 [1ª ed. 1973]; SLOTKIN, Richard, *The Fatal Environment. The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization, 1800-1890*, University of Oklahoma Press, Norman, 1985.

el primer paso en la construcción integral de esa compleja maquinaria política y cultural que es una frontera, particularmente entre países tan asimétricos como los son los Estados Unidos y México.

Podríamos decir que en las regiones aledañas al trazado de la nueva frontera se realizaron largos debates y disputas por hacer coincidentes y concurrentes los dos significados que en inglés existen para el término frontera: *border* y *frontier*.

Border, entendida como la línea que permite distinguir los bordes físicos de dos soberanías nacionales cuya formalidad es lo suficientemente precisa como para trazar mapas, firmar tratados bilaterales, establecer los parámetros territoriales para el entendimiento de las autoridades federales en materia de comercio, aduanas, combate al robo o a las incursiones apaches, violación de neutralidad.

Frontier, entendida como la opción lingüística pero sobre todo cultural que permite a los imperios imaginar el escenario para el enfrentamiento entre su mundo y aquel de los “otros”, entre la civilización y la barbarie. En el caso particular de los Estados Unidos, la *frontier* tuvo al menos dos grandes escenarios: el primero fue, el enfrentamiento con las naciones indias que poblaban los territorios al oeste del Mississippi, a las que se les redujo o simplemente exterminó en el nombre de una América más grande y bajo el amparo “filosófico” de ser una nación elegida y de un orden natural que marcaba que ahí donde se encontraba la raza blanca, las otras razas tenderían a subordinarse y a desaparecer.¹⁴ El

¹⁴ “Ya en los años treinta del siglo XIX, los norteamericanos estaban buscando ávidamente razones de su propio éxito y del fracaso de otros. Aunque los norteamericanos blancos de los Estados Unidos jacksonianos deseaban el triunfo personal y la riqueza, también querían una conciencia tranquila. Si los Estados Unidos siguieran siendo en el espíritu de su pueblo una nación divinamente destinada a grandes hechos, entonces la culpa de su sufrimiento infligido al alcanzar el poder y la prosperidad tendría que estar en otra parte. Los norteamericanos blancos podrían

segundo escenario resultó mucho más complejo pues supuso enfrentarse a una nación heredera del Imperio que había conquistado originalmente el gran suroeste, que había impuesto formas de vida, cultura, propiedad y gobierno en los vastos territorios ganados en 1848 y que además constituían un estado-nación correspondiente, al menos en apariencia, a los cánones de la modernidad occidental.

El anglosajonismo racial, como llama Reginal Horsman a la etapa temprana del racismo; se desarrolló en los Estados Unidos durante los primeros sesenta años del siglo XIX y moldeó, sin lugar a dudas, la percepción que se tuvo de México y los mexicanos. El siglo XIX fue escenario de un auténtico retroceso en términos del universalismo que se había pregonado en el siglo XVIII, siendo sustituido por el particularismo, el nacionalismo y la emoción romántico-patriótica. Cuando ambos países entraron en guerra la ideología política anglosajona había sido decantada y ya no existía ninguna duda sobre su papel en el mundo y especialmente en el continente americano. El escritor Horace Bushnell resume bien ese ambiente en un discurso de 1837:

De todos los habitantes del mundo [...] un linaje selecto, el sajón, y de éste, la familia británica, la más noble, fue elegida para poblar nuestro país [...]. Dios ha reservado a América para un pueblo especial de sangre anglosajona.¹⁵

Igualmente, para entonces México ya había sido colocado en el nivel de las razas inferiores. Desde aquellos que como Sam Houston, quien fue presidente de Texas durante la mayor parte del tiempo en que ésta fue república, más que derogar a la “raza mexicana” adoraba la idea romántico-

estar más tranquilos si los sufrimientos de otras razas pudieran atribuirse a una flaqueza racial y no a la busca implacable de riqueza y poder de los blancos. HORSMAN, *La raza*, 1985, p. 288.

¹⁵ Citado en *ibidem*, p. 287.

patriótica de pensar a Texas como el escenario donde los caballeros sajones se batían y derrotaban al “bajo invasor” que representaba la tiranía y la opresión; luego, surgió la idea crecientemente mayoritaria de que los mexicanos eran una raza condenada por su mezcla racial, sus supersticiones y su costumbre de vivir en tiranía. La frenología, esa pseudociencia que se hizo extremadamente popular en los Estados Unidos, se encargó de extender la idea en la cultura popular de la superioridad anglosajona y de la congénita inferioridad de indios, negros y mexicanos.

Este racismo popular y ramplón influyó notablemente en las relaciones entre anglos y mexicanos en amplias regiones cercanas a la frontera. Particularmente después de la Guerra Civil estadounidense (1862-1865) la animadversión hacia los mexicanos aumentó debido a la actitud tomada por la mayoría ante el asunto de la esclavitud. Por años, los esclavistas del Sur intentaron ganar la actitud favorable de los mexicanos pudientes del norte y noreste del país, así como de la población mexicana que había permanecido en los Estados Unidos después del Tratado de Guadalupe-Hidalgo. Aunque hoy sabemos, gracias a los trabajos de Mario Cerutti, que los comerciantes mexicanos sí se involucraron en el conflicto y leyeron hábilmente el teatro de la guerra entre el Norte y el Sur y facilitaron al Sur comercio, particularmente en el bajo Río Bravo; también resulta cierto que para la mayoría anglo de las regiones fronterizas los mexicanos habían probado, una vez más, que eran poco confiables y culturalmente incompatibles.

El racismo marcó el ánimo de las relaciones entre las dos culturas, como lo han demostrado los historiadores mexicano-americanos;¹⁶ sin embargo, el racismo hubo de esperar

¹⁶ Podemos destacar a TEJA, Jesús de la, “La colonización e independencia de Texas. El punto de vista tejano”, en SCHUMACHER, Ma. Esther (comp.), *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*, Fondo de Cultura

por muchos años para convertirse en políticas de Estado y así influir directamente en la operación de la frontera como verdadero monitor y administrador del movimiento de personas entre las dos naciones.

La frontera, una cultura escindida: entre el desprecio y la necesidad

El entrecruzamiento y la paradójica discordancia entre los sentimientos raciales antiinmigrantes y especialmente anti-mexicanos y el hecho de que conforme avanzó la segunda mitad del siglo XIX aumentara de manera vigorosa el movimiento de mexicanos hacia territorio estadounidense es una contradicción aparente. Se trata en realidad de una peligrosa pero muy redituable política de doble cara que si bien desprecia la representación cultural y racial del mexicano, encuentra, no sólo apetecible sino vital la concurrencia de esa mano de obra que considera poco abundante, disciplinada y productiva además de cercana y en teoría fácil de ser regresada a su país de origen. Con el paso de los años, la mano de obra mexicana pasó de ser un pilar que permitió el despegue económico del Suroeste estadounidense a convertirse en un subsidio permanente que impusieron a México para lograr mantener la competitividad de su economía en el concierto mundial.

A partir de la conclusión del tendido de las vías del Ferrocarril Central Mexicano el fenómeno de movimiento de trabajadores mexicanos hacia los mercados laborales del suroeste estadounidense se aceleró de manera casi compulsiva debido al apetito de los grandes empleadores (minería,

Económica / Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1994; DE LEÓN, Arnoldo, *The Tejano Community, 1836-1900*, The University of New Mexico Press, Albuquerque, 1982 y DE LEÓN, Arnoldo, *They Called Them Greasers. Anglo Attitudes toward Mexicans in Texas, 1821-1900*, University of Texas Press, Austin 1983.

ferrocarriles, agricultura) por mano de obra barata que se auxilió de las compañías enganchadoras (Labor Supply Companies) para auténticamente aspirar a los llamados peones mexicanos por miles y miles. Tan sólo en 1905 y 1906 y por Ciudad Juárez ingresaron a El Paso unos 60 mil trabajadores.

Para fines del siglo XIX y principios del XX, en ciudades como El Paso, Texas, la población de origen anglo ya era mayoría y el manejo de los beneficios del ferrocarril así como de las condiciones de crecimiento económico de la Era Progresiva (1890-1920) les había permitido colocarse como la elite política. Emblemático fue el traslado de la cabecera del condado de la población de San Elizario (de pleno dominio hispanomexicano) a la ciudad de El Paso.

La consolidación de esta elite anglo, particularmente en El Paso, se nutrió de una fuerte corriente migratoria de viejas familias de los estados de Virginia, Mississippi y Tennessee, marcadas por un notable conservadurismo racista sureño, que en muy poco tiempo empezaron a encontrar intolerable el “desorden racial” y moral de la ciudad. El Paso fue llamada un *wide open town*. Corregir esta situación se convirtió en una gran cruzada para una reconstrucción de la distribución racial de la población en la ciudad y por lo tanto una distinta especialidad para las actividades asociadas con los grupos raciales. Pero ninguna cirugía reconstructiva tendría efecto duradero si no se modificaba la forma en que la frontera operaba: porosa, flexible en exceso, y sin herramientas de vigilancia.

La purificación de la ciudad avanzó de manera rápida bajo el lema de que los días del viejo Oeste habían terminado y que el *wide open town* debería convertirse en un *family town*. Dos medidas fueron tomadas por las autoridades de la ciudad de El Paso para lograr la “purificación” de la ciudad. La primera, en la que no me detendré en este texto, fue mover la llamada *red light zone*, también conocida con el pícaro y

sugestivo nombre de *tenderloin*. En efecto, la promesa de limpieza “moral” de una enorme zona de la ciudad consistió en empujar las actividades de juego, licor y prostitución hacia el río, hacia el sur, hacia los barrios mexicanos pegados a la frontera. De esa manera el centro de la ciudad quedó libre para las inversiones, para las iglesias y para la gente decente y, por cierto, blanca.

Las vías de las diversas líneas de ferrocarril que llegaban a El Paso se convirtieron en una frontera interna que dividió con toda claridad a la ciudad en dos. Un sector norte que iniciaba con un centro ganado para la elite anglo y los barrios residenciales que se extendieron colina arriba hacia una mesa desde la que se obtiene una vista privilegiada del valle y del río; los mejores servicios públicos y educativos apuntalaron al norte rico y anglo. Y en un sector sur, identificado *étnicamente* como mexicano (y muy minoritariamente como negro y asiático); *socialmente* como el lugar de las clases pobres y asiento de las actividades relacionadas con el vicio; *urbanísticamente* como lugar de hacinamiento, vivienda de baja calidad, pobres servicios públicos y de baja higiene; desde el punto de vista de la *salud pública* o de la *mirada eugenista* era el espacio donde tomaba cuerpo la idea de la decadencia de las mezclas raciales. En el sur de El Paso se patologizó, si no a un grupo étnico, sí a una nacionalidad; o si se prefiere se le utilizó como laboratorio para integrar la patología del mexicano.

A partir de esa división, poca diferencia se estableció entre el sur de El Paso y Ciudad Juárez. La mirada despectiva e insultante que se había expresado públicamente desde la década de 1880 cobraba ahora la forma de una política de higiene social o de salud pública, contenida y respaldada por un discurso científico que permitió poner en marcha acciones contundentes para fortalecer la frontera con México, reinventarla podríamos incluso decir, a través de la medicalización de la región.

Del racismo popular al racismo científico: el papel de la eugenesia

La palabra eugenesia fue ideada por el científico inglés Francis Galton en 1883 con la premisa de que el conocimiento de las leyes de la herencia podía usarse para lograr mejoras importantes en la reproducción y desarrollo de las razas. Puesto en otras palabras, la eugenesia dio cobijo a un movimiento para mejorar la raza humana y más particularmente para preservar la pureza de algunos de sus integrantes. Como ciencia, se basó en el supuesto de un entendimiento novedoso de las leyes de la herencia humana. Como movimiento social, fue un intento de que la sociedad asegurara su constante mejoramiento a través del manejo de la herencia, haciendo que los individuos y grupos más aptos se reprodujesen entre ellos y, como consecuencia obligada, previniendo así que los poco aptos descompusieran o contaminaran las generaciones futuras.

El nuevo evolucionismo que desató la aparición de *El origen de las especies* de Charles Darwin en 1865 fue una poderosa avenida de influencias sobre lo que después sería conocida como la eugenesia, que reconoce como su texto fundador al *Hereditary Genius* del propio Galton y que apareció en 1869. Desde entonces, dos tradiciones eugenésicas —ligadas también a nacionalismos y procesos de construcción de Estados-nación diferentes— se extendieron por buena parte del “mundo occidental”, una que dominó en el mundo anglosajón y otra que arraigó en el mundo latino.

La confluencia e interacción del nativismo, la eugenesia, la ciencia médica y los procesos de racialización de grupos humanos y de regiones específicas, tales como la frontera entre México y los Estados Unidos, deben entenderse en el contexto de los grandes cambios políticos y culturales, sociales y económicos que fueron experimentados en los Estados Unidos durante la “Era progresista” entre 1880 y 1920, pero

que en muchos sentidos se extienden hasta la entrada del país a la Segunda Guerra Mundial.

La aparición de la sociedad industrial y la consolidación de grandes teatros industriales y económicos como Nueva York, Chicago, Detroit, Filadelfia, New Haven e incluso Denver, San Francisco y Los Ángeles fracturaron en más de un sentido las estructuras sociales tradicionales. Desde los años ochenta del siglo XIX, las ciudades industriales del norte recibieron oleadas de afroamericanos del antiguo sur esclavista, junto con otra que trajo a cientos de miles de migrantes de países como Italia y Hungría. La aparición de estos mares de caras nuevas hizo que los miembros de la elite junto con una mayoría del cuerpo científico y académico del Este y el Medio Oeste, vieran con real pánico los “deteriorantes” efectos que la segunda revolución industrial estaba teniendo sobre sus otrora “pacíficos” *hinterlands*. La eugenesia logró articular un discurso que rebasaba con mucho a la mera diatriba racista y anti-inmigrante. Con fundamentos tomados del evolucionismo concibió métodos para poner un alto a la onda expansiva y destructiva de una sociedad que estaba siendo carcomida por una dinámica centrípeta; para ello, era necesario y urgente establecer y monitorear límites claros del *body politic* nacional.

Además de las medidas de orden técnico que pregonaban los eugenistas: planeación científica y racional del crecimiento y un manejo adecuado del “germoplasma humano”, en sectores cada vez más extendidos se difundían sentimientos y se urgía por políticas hacia los inmigrantes. El ambiente social y cultural hacia ellos había ido cambiando irremisible y radicalmente, de uno que se enorgullecía de enriquecerse de influencias que fortalecían el “ser americano” a otro que engendraba claras formas de nacionalismo xenofóbico. Es un hecho que el nacionalismo estadounidense de las primeras tres décadas del siglo XX encontró en la biología y, claro está, en la genética, los elementos “científicos” para su dis-

curso y con esos nuevos argumentos creyeron poder explicar la pobreza, la criminalidad, los comportamientos sexuales desviados, la desorganización urbana y la enfermedad.

La eugenesia proveyó de un discurso de lenguaje científico que lograba paliar la verborrea racista de algunos políticos locales, que una vez estallada la Revolución mexicana se pronunciaban de manera terriblemente despectiva. Tom Lea, uno de los alcaldes más recordados, famosos y queridos de la ciudad de El Paso hizo las siguientes declaraciones en junio de 1916, cuando además ya se había producido el ataque villista a Columbus, Nuevo México:

Las hordas de mexicanos pobres y cargados de enfermedades que están buscando su entrada a El Paso, deben mantenerse lejos [...] a menos que se tomen las medidas necesarias para mantener alejados a los indeseables, declararé una cuarentena para impedir que se esparza el tífus [...].

Precisamente en ese año, el *United States Public Health Service* decidió la instalación de un puesto sanitario permanente en el puente internacional.

La salud pública y su papel en la operación de la frontera

Esta particular frontera vista no sólo como línea y marca en el mapa sino como una muy compleja maquinaria de construcción del “otro diferente”, tuvo un proceso que podríamos considerar como lento para ser considerada como la gran maquinaria política y cultural que filtra, clasifica y administra el movimiento de mexicanos.

En efecto, a pesar de lo extendido del pensamiento racista, aunque sería mejor decir del sentimiento racista, en la sociedad anglo sureña y conservadora que tenía un papel de liderazgo en el estado de Texas (pero no ausente de Arizona y Colorado), se había refuncionalizado el concepto turne-

riano de la *frontier*, como zona de contacto de entre una civilización consideraba como superior y otras etiquetadas como inferiores. Encuentro que tenía su lógica expresión en el *vis a vis* de dos sociedades asimétricas en su potencia económica pero, también, en la concepción del significado de la frontera en sus respectivas naciones y tradiciones culturales.

Sin embargo, la cultura popular racista, aun con el refuerzo “científico” que significó la diseminación de las ideas eugenistas, no había logrado hacer funcionar la frontera como expresión de su rechazo hacia los mexicanos. El proceso fue lento y requirió de un proceso de sofisticación cuyo estudio resulta fascinante y, ciertamente, triste, quizá aterrador y deprimente.

Durante los años ochenta y noventa del siglo XIX las agencias oficiales estadounidenses que monitoreaban la frontera con México, tenían puesta su mirada y práctica y clasificación, filtro y rechazo en los inmigrantes de origen chino. Cuando a éstos se les cerró la entrada (Ley de Exclusión China de 1882) por San Francisco y los puertos del Pacífico, los circuitos de contrabando de chinos utilizaron los puertos mexicanos de Manzanillo y Mazatlán para ingresarlos a México y luego llevarlos a cruzar por poblaciones fronterizas como Tijuana y Juárez.

Durante los primeros quince años del siglo XX el brazo vigilante de la frontera centró sus esfuerzos en la detención de los inmigrantes de Medio-Oriente, particularmente sirios, libaneses y turcos (la medida alcanzó también a los griegos). La principal justificación para impedirles la entrada por Nueva York y luego por la frontera mexicana se basaba en el alto índice de padecimiento de tracoma. Durante estos años, en la frontera con México se intentó detener asimismo el ingreso de judíos, centro europeos y rusos a los que se consideraba también portadores del virus del radicalismo político (marxista, anarquista, socialista y bolchevique).

De la vigilancia del origen nacional a la vigilancia de los cuerpos

Las acciones de vigilancia y exclusión basadas en el origen nacional de los inmigrantes continuaban refinándose y ensayándose en el laboratorio de la frontera con México. No obstante, las baterías de los mecanismos de monitoreo aún no apuntaban a los mexicanos. Pero los enormes fallos que mostraba este sistema de excluir por nacionalidad fueron detectados pronto por el Servicio de Inmigración y por el USPHS. De hecho, entre la Ley de Exclusión China de 1882 – que puede considerarse como el final de la inmigración indiscriminada– y el intento por poner freno a la entrada de sirios, griegos, turcos o europeos del este, presenciamos un cambio de enorme importancia en el proceso de construcción de la identidad de la Nación-imperio y en la vigilancia de sus fronteras: de la selectividad basada solamente en restricciones por origen nacional a la selectividad basada en los cuerpos (entendidos como unión de lo físico, lo mental y lo espiritual) de los inmigrantes. No debe pues extrañarnos que en sólo unos años el peso de la inspección médica rivalizara e incluso rebasara a la inspección estrictamente migratoria. La centralidad de la corporeidad del inmigrante queda evidenciada con sencillez en las instrucciones que el Servicio de Inmigración en Washington enviaba a sus agentes en El Paso urgiendo a volver más riguroso su escrutinio pues “Los sirios utilizan la argucia de hacerse pasar por mexicanos con tanto éxito que, inmigrantes ilegales de otras nacionalidades están empezando a hacerlo también”.¹⁷

La mirada vigilante que se mueve del origen nacional al cuerpo del individuo que cruza las fronteras puso a la política migratoria estadounidense en el umbral de una concep-

¹⁷ “F. P. Sargent, Comisionado General de Inmigración a T.F. Smucker, Inspector a cargo en El Paso”, Washington, 14 de febrero de 1907; INS, RG 85. Casefile 51423/1

tualización particular para México y sus habitantes. Los impulsos racistas de la sociedad anglosajona se habían expresado desde hacía muchos años, pero sólo hasta los últimos años del siglo XIX empezó a armarse un discurso anti-mexicano sólido. El nacionalismo racista se empezó a refinar y a volver “políticamente correcto” con la aparición de la voz de la ciencia y la medicina, con ello se logró un público más numeroso a las ideas de resaltar las diferencias raciales, pues en ellas no sólo descansaba la nacionalidad y el “genio” de un pueblo, sino también los peligros de enfermedades propias de “razas contaminadas”.¹⁸

En la propuesta de ley de inmigración del senador Henry Cabot Lodge, encontramos una síntesis adecuada de lo que podríamos llamar el despertar estadounidense a la realidad migratoria del siglo que estaba por iniciarse; la salida del estado de inocencia en el que ese país se habría encontrado viviendo desde su fundación, cuando las trece colonias estaban basadas en la unidad de pobladores de la “misma estirpe racial”. Holandeses, suecos y alemanes no habían encontrado dificultad alguna para fundirse con los colonos de habla inglesa pues todos ellos “[...] descendían de las tribus germánicas que el César combatió y Tácito describió”. Hasta 1875 la in-

¹⁸ A esas voces se sumaban también los discursos darwinistas, como el de Henry Cabot Lodge, en los que se proponía una visión “histórica” de la superioridad de la raza blanca y de la necesidad de proteger la “base racial” de los Estados Unidos con medidas que sólo permitieran la inmigración a personas de habla inglesa, alemanes, escandinavos y franceses. Su iniciativa de ley para restringir la inmigración presentada en 1896, hacía eco de “[...] un franco deseo del pueblo norteamericano por restringir [...] la inmigración hacia los Estados Unidos”. El proyecto Lodge pretendía ampliar la base de exclusiones de la ley vigente que a su entender “[...] eran excesivamente reducidas y no incluyen a todos ni siquiera a una parte considerable de los inmigrantes cuya presencia en este país es indeseable o dañina”. En NÚÑEZ GARCÍA, Silvia y Guillermo ZERMEÑO PADILLA (comps.), *EUA. Documentos de su historia política*, III, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, pp. 537-548.

migración había continuado el mismo patrón de los dos siglos anteriores, basado en las “razas hermanas o aliadas”, por lo que el progreso del país había sido grande y sin dificultades, continuaba la fantasía racial de Lodge. Sin embargo las últimas dos décadas habían descompuesto el horizonte.

[...] razas de origen racial totalmente diferente y con las que el pueblo de habla inglesa no se había mezclado o relacionado hasta el momento, repentinamente han comenzado a inmigrar a los Estados Unidos en grandes cantidades. Rusos, húngaros, polacos, bohemios, italianos, griegos e incluso asiáticos [...] durante estos últimos veinte años han ingresado en números cada vez mayores [y] actualmente casi igualan a la inmigración de razas hermanadas por la sangre y la lengua, [...], que hasta ahora han construido los Estados Unidos y conformado el pueblo norteamericano.¹⁹

Sin avanzar aún hacia las cuotas migratorias por nacionalidad, que se harían efectivas un cuarto de siglo después, Lodge sí señalaba la importancia del equilibrio racial frágil que tenían los Estados Unidos. La base poblacional de la nación – continuaba su argumentación– es lo que genéricamente se llamaba la raza inglesa y que habiéndose formado lentamente, por siglos y con muy poca mezcla de sangres, correspondía llamarle una raza histórica. Así pues, con el peso de la historia encima, la política migratoria estadounidense debería considerar los riesgos de un cambio: estaban en peligro la apariencia física, las instituciones y leyes, la cultura y la lengua misma ya que, como “[...] la historia nos muestra [...] La raza baja absorberá a la alta, no la alta a la baja, cuando las dos especies se aproximen a la igualdad numérica”.²⁰

Medidas restrictivas y selectivas basadas en ideas radicales como las de Lodge y otras emparentadas en espíritu y estilo

¹⁹ *Ibidem*, p. 544.

²⁰ *Ibidem*, p. 547. De hecho los eugenistas calculaban que la reserva genética de la raza superior se ponía en riesgo cuando ésta era menor del 85% del total de la población.

fueron cobrando cada día más adeptos en el mundo de la ciencia y la medicina, la política, el movimiento obrero, las iglesias; sin embargo su implementación, particularmente las pruebas de alfabetización, fueron vetadas sucesivamente por los gobiernos de los presidentes Cleveland en 1897, Taft en 1913 y Wilson en 1917, aunque en esta última ocasión el Congreso se impuso decretando una nueva Ley General de Inmigración en febrero de ese año.²¹

Casi un decenio después de la Ley de Exclusión China, el Congreso estadounidense decretó el Acta de Enfermedades de 1891 que fue seguida por la Ley de Inmigración de 1903 que fortalecían mucho la capacidad de manejar la movilidad en la frontera por parte de los inspectores de los servicios de Inmigración y de Salud Pública; particularmente en El Paso, donde se habían instalado las oficinas centrales de inmigración para el suroeste del país. La ciudad de El Paso, por su incómoda vecindad inmediata con Ciudad Juárez, se había convertido en la “puerta trasera” a través de la cual enfermos, criminales y demás inmigrantes indeseables, que no habían podido entrar a los Estados Unidos por la vía marítima, estaban inundando al país.²²

Epidemias, salud pública, mexicanos y la frontera

La frontera con México significó pues un reto para las autoridades y clases dirigentes del país; las comunidades médica y

²¹ El gobierno de Wilson sin embargo cedió a las presiones de los grandes empleadores de inmigrantes mexicanos y emitió la circular del 23 de mayo por la que se suspendía la aplicación de varias de las provisiones restrictivas para entrar al país. “George J. Harris, Inspector supervisor a Inspector a cargo”, El Paso, 15 de junio de 1917; INS, RG 85. Casefile 54261/202.

²² Declaraciones de Marcus Braun, inspector de migración en El Paso, en *El Paso Herald*, 25 de noviembre de 1905, p.2.

científica asumieron una parte considerable del desafío. El impulso que recibió la reflexión basada en la eugenesia fue correspondiente a las enormes dificultades que se enfrentaban para clasificar apropiadamente a los mexicanos. El esquema racial que establecía dicotomías tales como blanco-negro, tropical-templado o que permitía diferenciar a un “otro” con claridad, como en el caso de los grupos de inmigrantes recién mencionados, simplemente no funcionaban con el caso de los vecinos del sur. Sin embargo los racistas y nativistas que para fines del siglo XIX ya dominaban económica y políticamente a El Paso, San Antonio, Brownsville o Laredo, insistían en que “sus” ciudades se encontraban “infectadas” del fenómeno *mongrel*.²³

Las epidemias de fiebre amarilla que afectaron el centro-sur de Texas, implicaron la presencia en esta región del país de las autoridades federales de salud pública que instalaron cordones sanitarios, vigilados por médicos y por el ejército, que dieron a la población de la zona la seguridad de que había una fuerza del Estado que no sólo comprendía, por su carácter científico, el origen y naturaleza de las epidemias sino que tenía, por su organización militarizada, la capacidad de imponerse a los actores locales.

La experiencia de los cordones sanitarios permitió dar un paso definitivo en transformar la tradicional diatriba racista anti-mexicana, en una sofisticada interpretación que implicaba la explicación:

- De cómo las epidemias necesitan un medio propicio para engendrarse.
- De cómo las epidemias no se convertían en tales si no había un medio de locomoción que dispersara sus vectores.
- El medio propicio fue detectado en las condiciones insalubres propias de la pobreza y la ignorancia.

²³ Palabra ofensiva que designa tanto a una persona mestiza o de sangre cruzada, como a un perro.

- El medio de transporte de los vectores dispersores de las epidemias son los cuerpos en movimiento que proceden de medios insalubres.

El brinco que había que dar para lograr formular una serie de ecuaciones para identificar al mexicano, más allá de representante de una raza inferior, como un riesgo para la salud pública de la nación estadounidense, era en realidad un brinquito. La cadena de identidades pobreza -ignorancia -suciedad - ciudades o barrios mexicanos - movimiento de mexicanos - vectores infecciosos en movimiento - riesgos de salud pública, finalmente permitió elaborar una conceptualización del migrante mexicano en términos de nacionalidad, cuerpo, clase social. La frontera como aparato de control estaba ahora dotada de las consideraciones “científicas”, hechas política pública para administrar el movimiento de los cuerpos mexicanos en su deseo, intento o necesidad de cruzar la línea divisoria.

Bibliografía

ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, London and New York, 1992.

BOLTON, Herbert Eugene, *Los confines de la cristiandad. Una biografía de Eusebio Francisco Kino, S.J. Misionero y explorador de Baja California y la Pimería Alta*, Traducción de Felipe Garrido, Prólogo e investigación documental de Gabriel Gómez Padilla, Universidad de Sonora / Universidad de Colima / Universidad Autónoma de Baja California / Universidad de Guadalajara / El Colegio de Sinaloa, México Desconocido, México, 2001.

COOPER, Frederick and Ann Laura STOLER (eds.), *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*, University of California Press, Berkeley, 1997.

DRINNON, Richard, *Facing West. The Metaphysics of Indian-Hating and Empire-Building*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1980.

FURET, François, *In the Workshop of History*, University of Chicago Press, Chicago and London, 1982

GREENFELD, Liah, *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Cambridge University Press, Cambridge and London, 1992.

HALL, Linda B. and Don M. COERVER, *Revolution on the Border. The United States and Mexico, 1910-1920*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1988.

HOBBSBAWM, Eric J., *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

HORSMAN, Reginald, *Race and Manifest Destiny. The Origins of American Racial Anglo-Saxonism*, Harvard University Press, Cambridge, 1981 [Edición en español: HORSMAN, Reginald, *La raza y el Destino Manifesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985].

HURTADO, Albert L., *Herbert Eugene Bolton. Historian of the American Borderlands*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles / London, 2012.

JOSEPH, Gilbert M., Catherine C. LEGRAND and Ricardo D. SALVATORE (eds.), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relation*, Duke University Press, Durham and London, 1998.

JURICEK, John J., "American usage of the word 'Frontier' from Colonial Times to Frederick Jackson Turner", *Proceedings of the American Philosophical Society*, Vol. 110, Issue 1, 1966, pp. 10-34.

KAPLAN, Amy y Donald E. PEASE (eds.), *Cultures of United States Imperialism*, Duke University Press, Durham and London, 1993.

KATZ, Friedrich, *La Guerra Secreta en México. Estados Unidos, Europa y la Revolución Mexicana*, Ediciones Era, México, 1982, 2 vols.

KLEIN, Kerwin Lee, *Frontiers of Historical Imagination. Narrating European Conquest of Native America, 1890-1990*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1997.

LEÓN, Arnaldo de, *The Tejano Community, 1836-1900*, The University of New Mexico Press, Albuquerque, 1982.

_____, *They Called Them Greasers. Anglo Attitudes toward Mexicans in Texas, 1821-1900*, University of Texas Press, Austin 1983.

LIMERICK, Patricia Nelson, *The Legacy of the Conquest. The Unbroken Past of the American West*, Norton & Co., New York, 1987.

NAIRN, Tom, *Faces of Nationalism. Janus Revisited*, VERSO, London and New York, 1997.

NÚÑEZ GARCÍA, Silvia y Guillermo ZERMEÑO PADILLA (comps.), *EUA. Documentos de su historia política*, III, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, pp. 537-548.

REISLER, Mark, *By the Sweat of Their Brow. Mexican Immigrant Labor in the United States, 1900-1940*, Greenwood Press, Westport, 1976.

RENAN, Ernest “What is a Nation?”, en Eley, Geoff y Ronald Grigor Suny (editors), *Becoming National. A Reader*, Oxford University Press, New York and Oxford, 1996, pp.42-56.

SÁNCHEZ, George J., *Becoming Mexican American. Ethnicity, Culture, and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*, Oxford University Press, New York, 1993.

SLOTKIN, Richard, *The Fatal environment. The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization, 1800-1890*, University of Oklahoma Press, Norman, 1985.

_____, *Gunfighter Nation: the Myth of the Frontier in Twentieth-century America*, Harper Perennial, Nueva York, 1992 [1ª ed. 1973].

STOLER, Ann Laura, *Race and the Education of Desire. Foucault's History or Sexuality and the Colonial Order of Things*, Duke University Press, Durham, 1995.

TEJA, Jesús de la, "La colonización e independencia de Texas. El punto de vista tejano", en Schumacher, Ma. Esther (comp.), *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1994.

TURNER, Frederick Jackson, *The Early Writings of Frederick Jackson Turner. With a list of all his works*, Compiled by Everett E. Edwards, Introduction by Fulmer Mood, University of Wisconsin Press, Madison, 1938.

WARD, Evan, "Bridging the Gulf: A Critical Note on Borderlands Scholarship and the Southeastern United States in the New Millennium", en *Frontera Norte*, Vol. 14, N° 27, enero-junio 2002, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 241-250.

WHITE, Hayden, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1973.

_____, *The Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978.

_____, *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1987.